

UNA INTERESANTE CARTA DE BOLÍVAR PARA SANTANDER (*)

Héctor Bencomo Barrios ()**

El de 11 de abril de 1825 salió Simón Bolívar de Lima rumbo a la ciudad de Arequipa, donde haría escala durante su largo viaje hacia el territorio del Alto Perú. Ha dejado el mando político en manos de un Consejo de Gobierno presidido, de manera nominal, por el Gran Mariscal José de La Mar. El 8 de mayo se hallaba en Ocoña, pueblo situado a unos 170 kilómetros de Arequipa y, de acuerdo con su costumbre, desde esta localidad despachó gran cantidad de comunicaciones de naturaleza varia; notables casi todas, según nuestra manera de ver. Pero la que más atrae nuestra atención es la dirigida al general de división Francisco de Paula Santander, Vicepresidente de la República de Colombia y encargado del Poder Ejecutivo. Para un mejor estudio de la carta en cuestión, debemos tratar por separado algunos de los varios aspectos de su contenido, sin negar la debida importancia a los demás. El primero se refiere a la opinión emitida por Bolívar acerca de Venezuela.

Juro a Ud. —dice— con la mayor sinceridad, que más miedo tengo a mi querida patria que a toda la América entera. Soy capaz de encargarme con más facilidad de la dirección de todo el Nuevo Mundo, más bien que de Venezuela. Los porteños y los caraqueños, que se encuentran en los extremos de la América Meridional, son, por desgracia, los más turbulentos y sediciosos de cuantos hombres tiene la América entera. Solamente el congreso americano puede contenerlos.

(*) De un impreso moderno: *Obras completas de Bolívar*, tomo II, pp. 113-116. El compilador dice haber tomado el texto «del original», pero omite la información relativa al lugar donde se halla dicho documento.

(**) Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra «B».

El congreso americano al cual alude Bolívar no es otro que el Anfictiónico de Panamá, cuya reunión fue convocada el 7 de diciembre de 1824. en la presente carta, Bolívar ha expresado que prefiere a Quito para sede, pues Panamá es de un clima mortífero; pero ya esto no sería posible por falta de tiempo para hacer efectivo dicho cambio.

Casi todas las reflexiones y quejas de Bolívar guardan relación con la expresión de su voluntad de no aceptar la candidatura para un tercer período presidencial porque no quiere ser menos liberal que Washington quien tuvo la nobleza de rechazar la tercera reelección. Dice que desde 1813 ejerce el mando político y que su prolongación más allá de los 15 años, es una acción antidemocrática. Si en Colombia se empeñan en su reelección perderían su tiempo. Y, a renglón seguido dice:

No debo, no puedo ni quiero más gobierno; y el que menos quiero es el de Colombia a causa de mis queridos compatriotas de Venezuela. Si la Nueva Granada estuviera aislada de Venezuela, llenaría un deber y un placer en servirla, en todo y por todo; pero no quiero nada con esos abominables soldados de Boves; con esos infames aduladores de Morillo; con esos esclavos de Morales y de Calzada. A esos obedecían y querían esos fieros republicanos que hemos libertado contra su voluntad, contra sus armas; contra su lengua y contra su pluma, para no querer obedecer a nuestras leyes y a la severidad de nuestros principios.

En otro aspecto de la carta de Bolívar, el general Páez constituye el centro de las amargas quejas del Libertador. Así se expresa Bolívar:

Mucho tiempo ha que he pensado en que si el gobierno se ve apurado por las facciones de Venezuela, nombre a Páez de intendente de dicho departamento, conservando siempre el mando militar que tiene. En este caso podría usted mandar un amigo a Páez con instrucciones verbales para que obrase con todo rigor contra esos malvados que, por una estúpida ambición, nos van a sepultar en una guerra de colores, o más bien, van a destruir nuestra miserable especie. Podría decirsele a Páez que yo lo protegeré con todo el poder que está a mis alcances; y que el gobierno y el congreso harían sus esfuerzos por mantenerlo en un mando tan importante. Por supuesto, que era indispensable remitirle un excelente y hábil asesor, consejero o secretario y un jefe de estado mayor admirable. También indicarle

las personas que debía consultar en los casos arduos: el general [Pedro] Briceño [Méndez] podría ir en comisión cerca de él, con licencia temporal o con otro objeto; el general [Mariano] Montilla podría ser uno de los consejeros; [Fernando] Peñalver otro; [William] White otro; [Cristóbal] Mendoza otro; y algunos otros de carácter y capacidad. Usted debe saber mejor que yo quienes son los que mejor se conducen. En fin, todo esto no es más que hablar al aire, pues yo no sé el estado de las cosas por allá. Más si no me engaño, a esa canalla no se le puede contener sino con el rigor más inexorable. Esa buena gente quiere destruir la obra de nuestros bravos: secar el árbol de la libertad y quemar hasta sus raíces.

El tema de su economía personal ha llamado nuestra atención pues lo dicho por el remitente desvirtúa aquella socorrida especie de que Bolívar, en el momento de su muerte, se hallaba sumido en la más profunda miseria. Dice el Libertador:

He recibido una orden del ministerio de hacienda de Colombia sobre sueldos devengados desde mi salida de Guayaquil. Felizmente no tengo sueldos ningunos devengados, porque yo he tomado en Guayaquil los sueldos que me correspondían hasta que me hicieron dictador. Desde entonces acá vivo de mis ahorros y de algunas mesadas que tomo del tesoro del Perú. Además, como no tengo que irme del país tan pronto, no necesito de dinero para nada. Cuando me vaya a Europa encontraré en el Banco de Londres los arrendamientos de una mina de cobre que tengo en Venezuela, arrendada últimamente por los ingleses por 12 mil pesos al año. La Providencia que vela por mi honor, me ha dado este recurso para no verme obligado a recibir de ningún gobierno dinero con que vivir en mi vejez.

El texto de la presente carta ya ha sido incluido en el tomo XXX de los *Escritos del Libertador*, la excelente colección que se ocupa de la divulgación del pensamiento de Simón Bolívar, contenido en la copiosa cantidad de documentos atesorados y custodiados hoy por la Academia Nacional de la Historia.